

Horizonte Internacional

U.R.S.S.—Seis profesores soviéticos, en colaboración y bajo la dirección del profesor Konstantinov, han elaborado un manual de 747 grandes páginas sobre el *materialismo histórico*. Fue impreso —100.000 ejemplares— en noviembre de 1950. La obra apareció bajo el patronato del *Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias*, en las *Ediciones de Literatura Política del Estado*. Como la U.R.S.S. atraviesa ahora por una crisis de ortodoxia (recientemente el poeta A. Prokofief ha tenido que rectificar sus posiciones ideológicas y se han escrito molestos artículos con ese propósito), el trabajo de Konstantinov y su grupo se hundió en el *Pravda* del 3 de agosto de 1951. La recensión, sin embargo, dejó intacto el capítulo que más nos interesa: el que trata de la *religión*. En él hallamos la doctrina oficial de la *intelligentsia* soviética.

“Desde el punto de vista marxista, la religión es asunto privado por lo que al Estado se refiere; de lo cual no se puede sacar que sea asunto privado por lo que al partido del proletariado se refiere. El partido marxista no puede mirar con indiferencia las convicciones y principios que profesan sus miembros. Exige de ellos una lucha activa contra toda opresión social y espiritual, una lucha contra todas las ideas retrógradas, contra todos los prejuicios y sobre todo contra los prejuicios religiosos” (p. 590).

A lo largo de su estudio, el profesor Konstantinov, autor de ese capítulo, se apoya en los principios clásicos del partido. Ellos son la base sobre la que él levanta su superestructura. No había afirmado Engels que la religión no era sino una reflexión fantástica, en cerebros de gentes, de fuerzas que dominaban su vida cotidiana? Por su parte, Lenin añadió que

la religión era un instrumento de explotación. Sólo una cita de Stalin en este tratado: “Los prejuicios religiosos van contra la ciencia, porque toda religión es cosa que se opone a la ciencia”. Bueno está! Se tomaron esas palabras de las declaraciones que hizo Stalin a la primera delegación obrera norteamericana que visitó la U.R.S.S., el 9 de setiembre de 1927 y no han perdido un ápice de su actualidad.

Además de los grandes autores marxistas se cita a Holbach, Helvetius, Diderot, Voltaire, a quien se le hace decir que la religión vino al mundo del cruce de un taimado con un imbécil.

El cristianismo, siempre según esos mismos dialécticos, se alzó en la época de los antagonismos entre los esclavos y sus señores, entre los que poseían y los que no tenían nada. Fue, por ello, desde el principio una religión de esclavos, de plebeyos, y al Mesías se le concibió como un libertador. Circunstancias eventuales hicieron de la religión cristiana la religión de los esclavistas que predicaron a sus súbditos la dulzura, la humildad, la sumisión.

La lucha de los campesinos esclavizados y el populacho urbano contra la nobleza feudal vino a tomar la forma de herejías y de sectas religiosas, cuyos partidos lucharon contra la Iglesia dominante, la católica y la ortodoxa. Los bolcheviques acusan muy particularmente a la burguesía reaccionaria de los Estados Unidos de predicar la religión en favor de sus intereses comerciales. El Vaticano, siempre según el mismo autor, desempeña en provecho del imperialismo norteamericano la doble función de esclavizar

a los trabajadores y del espionaje. En cuanto a Pío XII, dicen nuestros filósofos, "por una parte bendijo y sigue bendiciendo a los verdugos fascistas, y por otra condena al anatema y a la maldición a centenares de millones de ciudadanos que siguen los pasos del comunismo" (p. 586).

Recordemos que sólo a los comunistas se les ha excomulgado. Con ellos quedan excomulgados los que formalmente colaboran con ellos. En cuanto a los "centenares de millones" que viven bajo el yugo comunista, el Papa jamás los ha condenado.

He aquí los dos últimos párrafos de este estudio. Será de utilidad conocerlos, ya que deshacen un equívoco mantenido frecuentemente en nuestros países por aquellos que, mordidos por el comunismo, son incapaces de razonar inteligentemente:

"Las huellas religiosas detienen indudablemente nuestro avance hacia el comunismo. Luchar contra las ideas religiosas en favor de un sistema científico, materialista, es parte de la batalla por el comunismo. En una sociedad socialista, la propaganda de las concepciones científicas tiene, por tanto, un valor especial. Una propaganda antirreligiosa sistemática, inteligente, íntimamente ligada a un trabajo práctico cotidiano de levantar la obra del comunismo, es por lo tanto de una importancia decisiva, hasta el punto de que las raíces económicas y sociales de la religión en la U.R.S.S. han sido ya aniquiladas. El partido comunista opone a la religión el ateísmo lógico, el materialismo dialéctico. El materialismo dialéctico, al dar del mundo un esquema preciso y científico, eleva al hombre, estimula su actividad, multiplica sus fuerzas para la lucha, con el fin de transformar el mundo en beneficio de los trabajadores" (p. 591).

Siempre lo habíamos dicho: El régimen soviético puede en ocasiones servirse de la religión para trabajar sobre una parte de la población; pero comunismo y religión son incompatibles, como los textos citados (lo más reciente que hasta ahora hay) lo demuestran.

Otra "superestructura", levantada por el marxismo sobre la base económica, es la moral. La obra que estudiamos le consagra quince largas páginas (563-578). No llevaremos al lector a través de esa tupida selva. Pero en ella hemos hallado una cita de Lenin que desde hacía tiempo buscábamos:

"Decimos nosotros: La moral es todo aquello que sirve para destruir la vieja sociedad de explotadores y para reunir a todos los trabajadores en torno del proletariado, que edifica la nueva sociedad comunista.

La moral comunista es la moral puesta al servicio de esta lucha, que reúne a todos los trabajadores contra toda explotación" (Lenin, Obras completas, t. XXX, pgs. 411-412, 3ª edición —en ruso—. Apud Konstantinov, *Materialismo histórico*, p. 573.)

En la época leninista el comunismo no era hipócrita, y el texto que hemos traído se puede interpretar del modo siguiente: bueno es lo que nosotros hacemos; todos nuestros adversarios son unos criminales. Rara vez se ha visto que políticos algunos hayan dado a la gente de su partido un programa tan halagador. Por otra parte, no son todos los proletarios, ni son todos los comunistas los que constituyen esa norma suprema de moralidad, ya que la mayor parte de los jefes de la época leninista hubieron de ser liquidados. En la U.R.S.S. y donde quiera que se aceptan las decisiones comunistas, la norma suprema de moralidad es la conformidad con aquello que exige el jefe, si entonces Lenin, hoy Stalin.

LA IGLESIA OFICIAL.—Y con todo, la Iglesia Oficial subsiste y prospera. Una de sus tareas principales es empujar hacia el movimiento "por la paz", es decir, "por la supremacía soviética". Nuestros lectores conocen los textos pontificiales sobre la paz. Será interesante transcribir un pasaje considerable de algún jerarca soviético. He aquí un final de "meditación" del Arzobispo Lucas:

"Oh qué fatal e intolerable la prevaricación que se derrama en torrentes de los salones de Lake Success! Mentira diabólica, que llegó a su apogeo cuando la China fue declarada agresor.

Pero los hombres honrados se empeñan en creer en la verdad y en la justicia y no cesan de mandar centenares de cartas de protesta al secretario de la O.N.U. y al Consejo de Seguridad y organizan una gran marcha a Washington.

La mentira, dictada a la O.N.U. por los incendiarios que quieren la guerra, es impuesta a los pueblos por diez gobiernos de Europa y doce gobiernos de la América Latina; y divulgada por un ejército de periodistas, cuya conciencia está dispuesta a todo, se la tragan gentes crédulas que se dejan fácilmente embaucar, porque se les oculta todo aquello con que la mentira podría ser

refutada. A éstos no los acusamos; sinceramente los compadecemos!... La causa justa de la protesta contra la guerra tiene ya sus mártires: esos jóvenes y esas jóvenes que se consumen en las prisiones; aquellos de Essen a los que se partió el cráneo; aquellos que levantaron con sus cuerpos una muralla para proteger a sus camaradas más jóvenes. Hay héroes como aquella francesita Raimunda Diemme, que se tiró a la vía férrea para detener el tren que llevaba armamentos para Alemania. Sus nombres no serán olvidados.

Todo esto constituye la fuerza invencible de la verdad. La verdad cuya fuerza es inmensamente más grande que la terrible de las bombas atómicas. La mentira, el deshonor de la humanidad, las bombas atómicas podrán, tal vez, anegar durante algún tiempo a la verdad en sangre. Pero aniquilar la verdad? Es imposible. La verdad viene de Dios. Es inmortal. Porque de Dios no se ríe (Gal. VI, 7).

La mentira viene de la serpiente antigua, a la cual Nuestro Señor Jesucristo quebrantó la cabeza" (Revista del Patriarcado moscovita, mayo de 1951, pgs. 10-11).

Se podría estudiar con utilidad este texto, porque muestra el abismo que se ha abierto entre mundo soviético y el nuestro. No tenemos razón para dudar de la buena fe del Arzobispo Lucas. Para él la verdad, la justicia, el heroísmo, el martirio, es todo lo que está conforme con los intereses políticos de su país. En ese sentido podemos decir que este género de ortodoxia es una superestructura del sistema soviético; está en perfecta conformidad con el texto de Lenin que más arriba hemos citado acerca de la moral comunista; no retarda el avance comunista, ya que colabora con él. Es un cristianismo materialista, puesto que se consagra a promover los intereses materiales de un país y de un partido; es también dialéctico. No parece que sea incompatible con el marxismo y nos gustaría ver que el profesor Konstantinov le consagraba una seria discusión.

CHINA.—Cada mes que pasa, la acción antirreligiosa del comunismo chino se va precisando más. La Iglesia católica no se ha adherido al movimiento de la Triple Independencia. No ha apostatado. Se la ha liquidado. La operación requiere tiempo, porque el país es inmenso. Unas tras otras, las instituciones católicas han sido cerradas o confiscadas. Se cierran los orfanatos, acusando a las religiosas de in-

fanticidios o de crímenes parecidos. Una religiosa anciana de 91 años, ciega desde hace 25 por consecuencias de una operación que no tuvo éxito, llegó recientemente a Hong Kong. La llamaban Madre Estigmata. Se la tuvo que llevar de China a Hong Kong, porque durante sus 60 años en China, había cometido, según decían, tal cantidad de crímenes, que no se podían contar.

De ordinario, a las religiosas después de arrestarlas, se las tiene en la cárcel durante algún tiempo. Luego, si son extranjeras, se las deporta.

En cuanto a los sacerdotes chinos, desaparecen. Hasta la fecha no se ha oído hablar de un solo caso de apostasía. Hay páginas sublimes. La historia del Padre Juan Tung será, sin duda y pronto, dramatizada y representada en nuestros colegios. Una mañana de junio, después de la misa mayor, tuvo que tomar parte en una manifestación organizada contra el Nuncio apostólico, Mgr. Riberi. Siguió al cortejo; oyó los gritos de odio, y cuando le llegó su vez, tuvo que subir al *rostrum* (plataforma) y pronunciar su discurso. He aquí el texto de él, tal como lo recogieron los cristianos que lo escucharon y lo hicieron luego llegar al otro lado del telón de acero:

"En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Sagrado Corazón de Jesús, tened misericordia de nosotros. Inmaculada Mediadora de todas las gracias, San Pedro, San Pablo, rogad por nosotros.

Este es el asunto de mi discurso: Me ofrezco como víctima, para que haya acuerdo entre el Gobierno y la Iglesia.

Los que niegan la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, los que no reconocen al Vicario de Jesucristo en la tierra, el Padre Santo, los que no saben cuál es la situación de la jerarquía en la Iglesia católica, sostienen que la Triple Independencia es sencillamente un movimiento patriótico. Dicen que la religión tiene libertad y admiten que hay lazos de unión entre los fieles y sus superiores jerárquicos. Pero en nombre de esa independencia, quieren obligarme a atacar al representante del Padre Santo. Mañana, quizá, me querrán obligar a atacar al Vicario de Jesucristo, al mismo Padre Santo. Y al día siguiente, por qué no han de querer imponerme que ataque al mismo Dios?

Ya que el gobierno ha insistido repetidas veces en que no nos hace fuerza, sino que solamente nos da sencillas normas directivas,

tengo que decir lo que el corazón me dicta. No puedo yo decir sí con los labios, mientras estoy diciendo no con el corazón. Sólo puedo firmar las declaraciones en que sinceramente creo. No puedo poner mi nombre al pie de una declaración que desapruébo. Si para vivir miento, si tengo miedo de la muerte, soy un hombre que para nada sirve y que no merece por tanto que se ponga en él la confianza.

Pronuncio estas palabras en el pleno uso de todas mis facultades, y proclamo desde ahora que todo lo que yo pueda decir más tarde, en un estado de turbación, será enteramente sin ningún valor. Soy católico y amo a mi país y mi religión. Me gustaría que no hubiese desacuerdo entre ambos; pero si es el gobierno el que no quiere colaborar en armonía con la religión, tendrá que haber persecución, y muchas víctimas entre los católicos. Por lo que a mí hace, prefiero morir desde luego."

Gran resonancia tuvo esta declaración, hecha ante una gran muchedumbre y que sirvió para confirmar a los católicos débiles. En la mañana del 2 de julio, el Padre Tung fue detenido en el momento en que iba a decir la misa de la Visitación. En Chungking se dice que ha muerto en la cárcel, víctima de los malos tratos.

El 8 de setiembre, Su Excia. Mgr. Antonio Riberi, Internuncio apostólico en China, llegó a Hong Kong, expulsado de China después de haber tenido su casa por prisión desde el 26 de junio. Se le sometió a numerosos interrogatorios, alguno de ellos de 14 horas, obligándole a responder sí o no. El negó todas las acusaciones que se hacían contra él y dijo: "Todo lo que he hecho en China como hombre, como sacerdote y como representante de la Santa Sede, lo he hecho únicamente por la religión y sin ningún otro fin ajeno a ella".

SANTA SEDE.—Acaba de salir la encíclica *Sempiternus Rex*. En el momento en que mandamos estas notas no ha llegado todavía a nuestros manos. Según las noticias es de una solemnidad particular. Recuerda el décimo quinto centenario del Concilio de Calcedonia, que condenó la herejía monofisita. Todavía subsisten Igle-

sias monofisitas entre los Armenios, los Etiopes, los Sirios, los Coptos de Egipto y los Malabares de la India. El Papa los invita hoy a reconstruir la unidad de la Iglesia. Todos los que aceptaron las decisiones del Concilio de Calcedonia se llamaron ortodoxos. Por eso, Roma, Constantinopla, las Iglesias eslavas separadas, los Melkitas de Levante, los Helenos de Grecia, recuerdan hoy juntamente la unidad calcedoniana.

El Concilio de Calcedonia vino después de una persecución. Dióscoro, Patriarca de Alejandría, había maltratado de tal manera al Patriarca de Constantinopla, Flaviano, en el latrocinio de Efeso, que Flaviano había muerto. En Efeso sólo el Legado del Papa se había levantado contra la injusticia, pronunciando su inmortal *Contradicitur*, que Vladimir Solovieff había de comentar, catorce siglos más tarde, con tanta elocuencia. El Emperador estaba presto a tergiversar las cosas, a buscar combinaciones políticas que no hubiesen hecho sino aumentar el desorden. El Papa San León, por medio de su Epístola dogmática, aseguró la unidad dogmática de la Iglesia y el Concilio de Calcedonia le dio su aplauso.

Hoy el problema que verdaderamente divide a los hombres es el de la libertad religiosa, de la que Roma es la guardiana tutelar. Al otro lado del telón de acero, es imposible que subsista una iglesia no esclavizada por el poder político. En Praga, en Budapest, en Bucarest, en Lwow, en los calabozos de Rusia y en los campos de concentración de la Siberia, a través de la China, la Mongolia y la Manchuria, se va repitiendo la serena afirmación del Legado romano en Efeso: *Contradicitur*. Por ello la Iglesia es martirizada. Nada hay en la hora presente tan luminoso como esta afirmación romana que señala la división entre lo que se debe a Dios y lo que se debe a los hombres.

José LEDIT.